AÑO XXIX. — Nº 902.

EL DIA

MONTEVIDEO, ABRIL 30 DE 1950.



PALMERA DE CAMINO DEL INDIO.
(Fotografía Juan Caruso)

Caballos en libertad, crines y relinchos, friso broncíneo y reluciente sobre el columnario de palmas, en el palmeral del estero San Miguel, al margen del Camino del Indio.

ESCUELA MUNICIPAL DE MUSICA

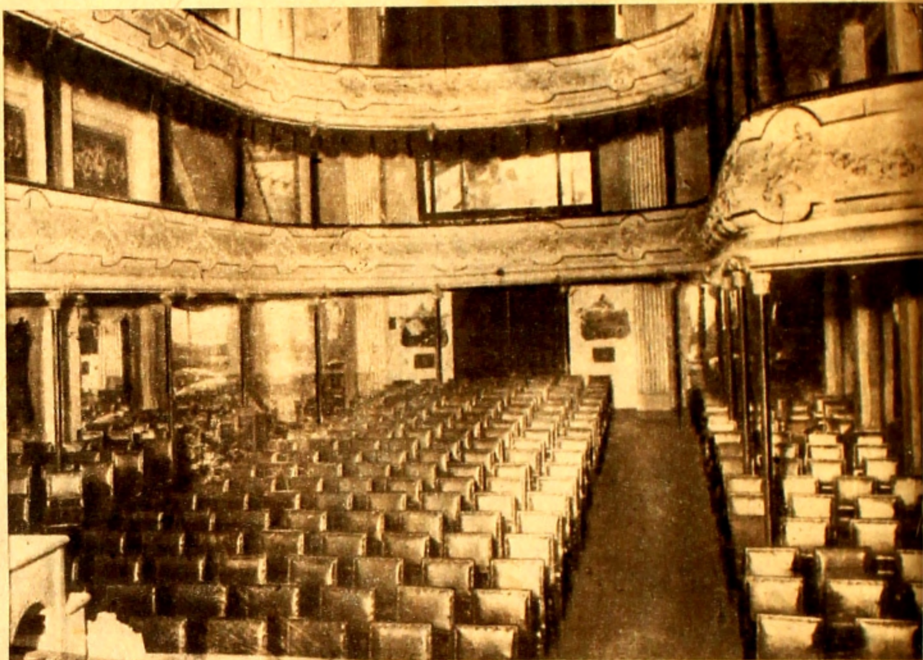


La flamante chapa de la Escuela Municipal de Música. En el centro la señora de Facio, Profesora de Solfeo Superior.

A un país sin una alta Escuela de Música, sin un centro que reuna en su seno todas las disciplinas de esa gran ráfaga del arte, y las afirme, sobre todo si es un país culto, le faltara, algo así, como el antecedente de como "se hace" lo que aplaude y estima. Es un detalle que repercute de mil maneras, insospechadas, en la vida espiritual de un pueblo.

El arte. en todas sus manifestaciones, después de ser genial expresión de la inspiración en la Naturaleza, es el eco de un taller y de una laboriosidad estrictamente humanas. Todavía en la pintura, quizá sea posible olvidar por algunos instantes, durante la contemplación de la obra de arte, la paleta del pintor, como el andamiaje en la arquitectura y en la gran escultura, pero en la música es precisamente el trabajo y la disciplina lo primero que tenemos delante. Es el pedestal de voluntades, indispensable, que es necesario reunir, para que la extraña sustancia de ese mundo, intangible pase ante nosotros apoyado en los mágicos puntos de la orquesta, infinitos en el tiempo, y matemáticamente precisos.

Esta consideración es también nuestro saludo de espectador a la Escuela Municipal de Música. Sabemos muy bien que la primera reacción, frente a la música es el embeleso por las ideas recibidas por el oído, que se agudiza para apreciar el máximo aun a costa de eclipsar por instantes a los demás sentidos, pero recordemos que la segunda reacción de la razón es mirar hacia donde ha surgido aquel efluvio de imágenes, primero instintivamente, luego detenidamente, para distinguir los diversos puntos de apoyo del tema. Individualmente, los ignorantes y profanos en música, distinguimos primero instrumentos de distinto tamaño, distinto color, similar estructura, y proporción variable, y sonidos peculiares, dificilísimos de distinguir en el grandioso vocerío general de la orquesta Después ya no distinguimos más, sin correr el riesgo de abandonar nuestros caminos para seguir solamente ese. Esto n ocurre individualmente, pero colectivamente nos parece obligado que algunos de nostros continuemos penetrando en la senda profunda que oculta un sonido para llegar



La Sala Verdi, en el local del Instituto de su nombre, ahora "Escuela Municipal de Música"

al alma de la nota y desde allí salir hacia afuera, hacia la amplia comprensión del tema en su compleja relación y expresión, hasta gravarle en el papel.

En apoyo del creciente culto a la música en el país, se ha constituído la Escuela Municipal de Música, cumpliendo un gran punto del programa cultural de la Intendencia de Montevideo por medio de su activa Comisión de Teatros Municipales. Desde el día 17 de abril de este año, las clases de música en todos sus aspectos, han quedado abiertas, y desde ese día el entrar y salir de sus alumnos seleccionados animan las aulas y pasillos del antiguo local del Instituto Verdi que en la anterior administración fué ventajosamente adquirido por el Municipio merced a las facilidades otorgadas por su propietario el señor Francisco Sambucetti, gran benefactor de la Música que, siempre continuara al fren



Dirección práctica de una clase de violoncelo. por el maestro Nicastro.

te de su cátedra, gratuita, en el mismo edificio.

El salón de actos, conservando su ilustre nombre, será ahora la "Sala Verdi" de la Escuela Municipal de Música. En su seno se efectuarán oportunamente los conciertos del alumnado y en sus circundantes ambientes tienen ya lugar las clases de música de todas las materias que integran el plan general de estudios, para las cuales el Municipio, en nombre de la Ciudad de Montevideo podríamos decir, ha designado la suma de 25.000 pesos anuales, que es una buena diferencia con el presupuesto de 3.600 pesos que tenía la anterior "Escuela de Instrumentos de Viento y Percusión", su noble antecedente que, cesó en diciembre de 1949 para dar paso con sus propias fuerzas al nuevo organismo.

La Escuela Municipal de Música se mueve ahora con 20 profesores, seleccionados entre lo más capacitado del país, por riguroso concurso de oposición. Un detalle realmente alentador es que, para cada clase se ha encontrado no solamente un buen profesor sino una figura de prestigio como solista, o como concertista. Es una suerte o, más bien, una consecuencia de la cultura musical adquirida por el pueblo de Montevideo a través de muchos años de actuación es entre las que se destaca el SODRE.

Con ese grupo de profesores se inicia la enseñanza metódica de todas las disciplinas de la Música excepto el piano y el canto, al menos por ahora. Se podrá estudiar toda la educación musical desde el Solfeo, en sus tres grados, elemental, medio-preparatorio y superior, hasta armonía, cuya cátedra está ocupada, precisamente, por el Director de la Escuela, el Maestro Vicente Ascone, bien conocido desde todos los ángulos de nuestro público.

Hasta el momento de escribir estas líneas participan como profesores de la Escuela Municipal de Música, los maestros: Fabre, en la cátedra de violín: Oscar Nicastro, para violoncello; Huna Gleizer, para viola; Albini, para corno; Lauro Avestarán, se ocupará de Historia de la Música en América y folklore del Río de la Plata; Cultura Musical, estará a cargo de Cesáreo Ramis; la clase de pistón será dada por Américo Lanzillota: D'Andrea, el trombón; y Puglia el contrabajo.



La Sala de Profesores del nuevo y prestigioso centro musical. En el centro, (tercer asiento de izquierda a derecha) su director, el maestro Vicente Ascone.

Atendiendo características de la enseñanza músical, todas las clases serán en parte colectivas y en parte individuales, a fin de enfocar mejor la observación del maestro hacia el discípulo, y se impartirá en seis aulas especiales, decoradas con los curiosos recuerdos musicales de muchos años de actuación del viejo Instituto Verdi. Debido a esto es que la inscripción se cerró sólo con 200 aspirantes, para hacer posible y eficaz la misión de los profesores. Por fortuna otro hecho simpático se añade a los anteriores, en cada prueba eliminatoria, han triunfado casi todos los que se presentaban. En otras ha ocurrido lo que en la clase de trombón, en donde los siete aspirantes que se presentaron fueron aceptados, por ofrecer condiciones netas. Otros no han podido ser admitidos por no reunir la edad mínima de 25 años.

La Escuela Municipal de Música fué inaugurada oficialmente el 14 de abril de este año, en presencia de las autoridades de la Ciudad encabezadas por el Presidente de la Junta Departamental señor Ignacio Bazzano y el Intendente Agr. Germán Barbato, y representa otro esfuerzo más de la actual gestión municipal. Dentro de ésta, implica la Escuela el tercer gran éxito de la Comisión de Teatros Municipales que preside el Dr. Justino Zavala Muniz. El primero fué la Comedia Nacional, una realidad en marcha ascendente y brillante: el segundo, la Escuela Muñicipal de Arte Dramático, actualmente en plena acción dirigida por la eximia actriz Doña Margarita Xirgú: y el tercero esta Escuela Municipal de Música, promisoria de muy bellas esperanzas. Actualmente se trabaja, como desde hace mucho tiempo, en el Museo Municipal del Teatro, que próximamente se abrirá con la catalogación y exposición de nobles y viejos papeles del Solís, y de muchos centros artísticos.

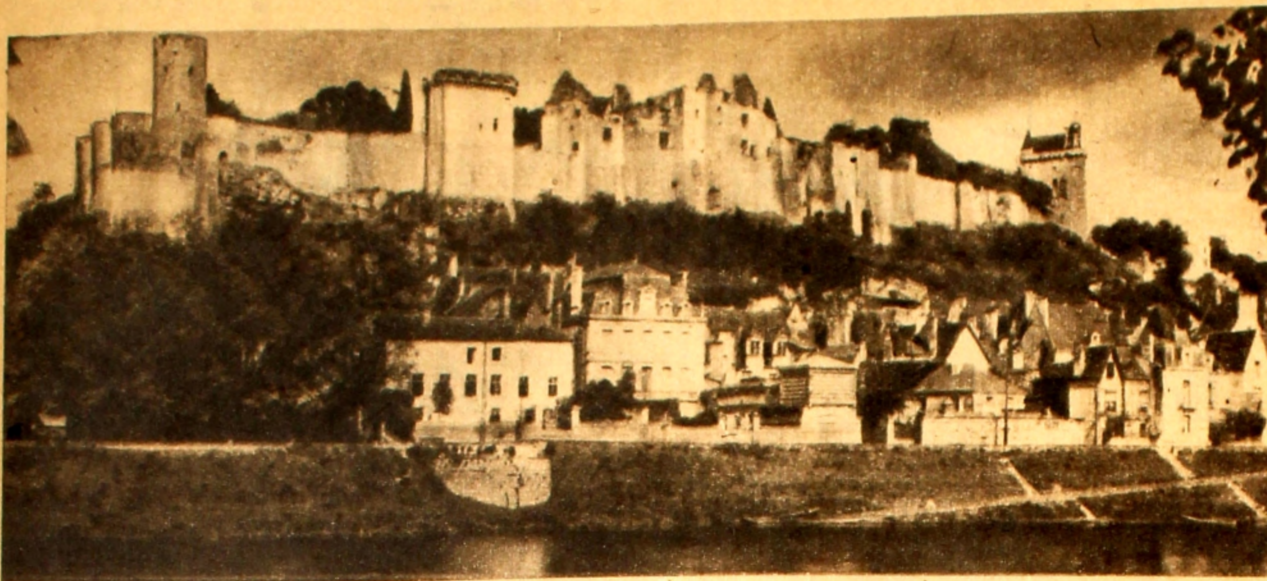
Rodolfo OBREGON.



Aspecto del aula de violín durante unas pruebas de selección, del estudiantado.



Los profesores violinistas, Juan Fabri, y Huna Gleizer, y el violoncelista profesor Oscar Nicastro, momentos antes de participar con sus instrumentos en la ceremonia inaugural.



La vieja fortaleza de Chinon. Toda la guerra de los Cien Años está en estos muros.

MITO Y OCASION DEL MEDIO SIGLO

1900 - 1950. Medio siglo XX ya corrido. Visto y autopsiado. ¿Qué representa en la historia de la humanidad la primera mitad del siglo XX? Observador tan avisado —y tan vivido— como Lucien Febvre intenta sondar en estos días el fondo bajo y turbio del medio siglo ya corrido. ¿Qué respuesta se darán los hombres —historiadores o no, científicos o no científicos— cuando tal pregunta se hagan finado el año 2000? ¿La de siempre? ¿Período que continúa al precedente y prepara al que le sigue? Haciendo su examen de conciencia medio siglo, historiador y científico, hombre que acaba pero vivió en las fronteras de dos siglos, Lucien Febvre anticipa — y afirma — que la continuidad no existe. Y ¿no es ese, acaso —continuidad o ruptura— problema-clave de nuestro siglo? "Ruptura de tradiciones —dice Febvre—. Y tan total, tan brusca, tan irremediable en apariencia que no conoce el hombre blanco nada semejante después de milenarios".

¿Ruptura de tradiciones? —se pregunta uno, cuando oye a Lucien Febvre—. ¿Dónde de la ruptura y cómo? ¿En las ruinas de las guerras? ¿En los extravíos de conciencia? ¿En la moral que resbala? ¿O en la permanente conquista de la máquina y del maquinismo? ¿En lo que destruye y mata? Demasiadas preguntas ya. Porque la ciencia no es producto de ayer, y en la ciencia se detiene Lucien Febvre. Ni de una época. Todo el siglo XIX —sin que más lejos se busque— suyo es, y obra suya. "La Edad de la Ciencia" —decía ya Augusto Compte. Aunque la ciencia "positiva" la vistiera. Y la ciencia siglo XX es otra cosa. La Física (siglo XX) lo primero. Revolución invisible y muda. Y agitación. Por un puñado de hombres —grandes— puesta en marcha. Treinta años —los últimos— en el esfuerzo cumplido. Grandes hombres, cierto, con muchas patrias y una sola: su Física y su investigación física. Grandes en cuanto sabios grandes. Más grandes todavía: en cuanto la investigación, las meditaciones, el cálculo, el hallazgo afortunado (¿qué importa?), les hicieron apartar de su camino, o disminuir, o negar a veces, todo lo que el hombre —desde siglos— anotado tenía en el listín de sus verdades. Y no poca grandeza es necesaria para tanto apartar, disminuir, o negar.

Simple y espléndida grandeza la de un Einstein tomado como tipo. Y como ejemplo. Grandeza del hombre cuando a un mundo de sabios explica, lo primero, que unas ideas claras y ciertas para la razón común, eran ideas a analizar. Y a revisar. En cuanto, en sí mismas, ya no ciertas. A un mundo de sabios reticente y hostil además. Porque también la razón común es madre, o madrastra, de buena sabiduría. Simple y espléndida grandeza de un Luis de Broglie, Mefistófeles de frac, que sin gesto mágico de la nada extrae la mecánica ondulatoria y verdades fundamentales niega. Que de otros hombres y de otros sabios fueron orgullo también. Quien busca héroes —y la época los busca —ciego está si no los halla.

Desde hace treinta años, agrandan estos hombres, y otros, y cada día ahondan, el tajo que delimita y separa: a la técnica y la ciencia "nuevas" de la técnica y la ciencia de ayer mismo. La que llamaba Compte ciencia positiva. "Tan diferentes la una y la otra estas dos ciencias —proclama Lucien Fabvre, científico también— que todo sabio en vida activa durante el medio siglo ya corrido, lleva en él dos pensamientos que son contraste y choque sin concordato posible, o sin que nadie lo hallase por lo menos". Y aún va más lejos Lucien Fabvre con esta ofrenda al hombre simple y no iniciado: "¿El hombre que en el siglo vive, en su vida, lejos de los ciclotrones, de los microscopios electrónicos, o de la zarabanda protónica? El hombre simplemente cultivado no se da cuenta de nada. Por fortuna para él mismo. Porque las palabras que en torno suyo se usan, y aún las que utiliza él mismo —¡basta las palabras!— designar pueden, y designan, lo que nunca designaron. Para él... no han cambiado todavía.

Vértigo y la fatalidad del vértigo—y su angustia— siente uno cuando a tal tipo de hombre se aproxima, o lo escucha, o su razonamiento sigue. Fundamentos de razón, certitudes, verdades tradicionales... Humo de cigarrillo en campo abierto. ¿El sistema del mundo? ¿El de Copérnico, recogido por Galileo, rehecho por Newton, reformado por Laplace? ¿Tan admirablemente exacto, que daba cita un astrónomo a planeta nunca visto, y allí estaba el planeta en el día, a la hora y en el lugar calculados? ¡Nada! Perdido en el espacio infinito, hormiguero de inmensas espirales-nebulosas que en la noche se hunden y divergen, en lo eterno se extienden y sin cesar se alejan, inimaginables la velocidad y el ritmo. Y, en un rincón, perdida, una estrellita humilde —el Sol— pavesa en la furia de la agitación nebulosa, grano de polvo, que también se va en la noche, con sus planetas, con la nada de la Tierra... hacia donde van los mundos. Que la ignoran...

Oye uno y crece el vértigo. Cincuenta años —los últimos— y quedó lleno el mundo de ídolos caídos o de verdades muertas. Fuentes de certeza, ayer. Piezas de museo hoy. La Electricidad de Ampere. La Fisiología de Claudio Bernard. La Medicina de Laennec... Fuerzas que perdieron alma y vida. Y calor.

Pronto aún, para medir la acción sobre el cerebro humano, del cinema y la radio, por ejemplo. ¿Revancha del oído sobre la vista? ¿Dominio de la audición? ¿Dispersión? Porque son millones los hombres para quienes la radio es un botón que se mueve y un oído que a capricho capta, en torbellino: un trozo de opereta, una frase de conferenciante, un consejo de belleza, un aviso publicitario, la fugacidad de una noticia al día... Cierto: una revancha del oído. Un retroceso también. Durante tres siglos, del XVI al XVIII, duro y largo el esfuerzo, se hizo en el espíritu humano la separación de lo real y de lo imaginario, conquista meritoria de la razón. Pero el cinematógrafo está ahí, más victorioso que nunca, ascendente la victoria. Universo de telas pintadas, de ciudades en cartón, de árboles verdaderos y de efectos de luna trucados, de ciudades auténticas y de desiertos fingidos... Con siluetas humanas en medio, sin espesor, pero que dan la ilusión del relieve, de la palabra, de la vida misma. ¿Retorno a las viejas confusiones en ese torrente de imágenes que inunda y llena nuestra época?

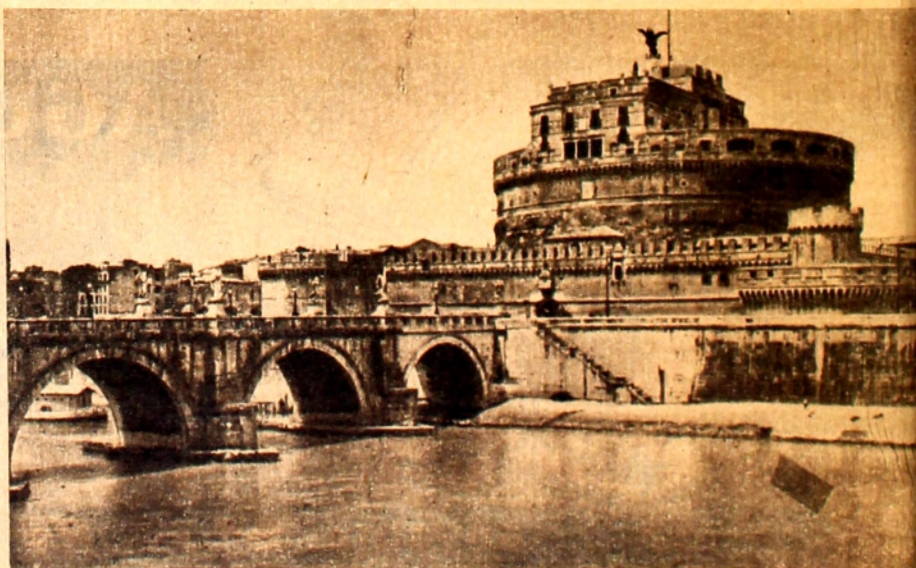
Y ¿para qué? ¡El terrible para qué! Esta mañana se toma el avión en París o en Londres para dormir en Nueva York. O para estar mañana en Río, en Montevideo, o en Buenos Aires. O se toma el avión en París y se va a dormir en Nigeria. Un día no más entre el hombre de París y el hombre de Africa plena. ¿Cuántos siglos sin embargo —¡todavía!—, entre el indígena de los Campos Elyseos y el indígena de Yola? Pero ¿qué pierde y qué gana el indígena de Yola? Todo el problema es ese.

*

Sí. La ciencia. Pero la ciencia es un producto humano. Y está en la Tierra. No reside en las espirales-nebulosas que se hunden en la noche, a remolque el grano de polvo que es la Tierra. Está en el grano de polvo. Aunque los mundos lo ignoren. Y al grano de polvo no lo dirige —ni lo gobierna— la ciencia, a pesar de su presente magnitud. No lo gobierna todavía. Los hombres son otra cosa.

¿Ruptura de continuidad? ¿De tradición? ¿Cincuenta años del siglo XX, medio siglo, que son "otro mundo" del que ya no podrá decirse: continúa al que le precede y prepara al que le sigue?

Importa denunciar en seguida al hombre mismo, creador de mitos que después respeta. Inventor de dioses que después adora. Constructor de imágenes que materializa. El siglo. Sí. Cien años. Cien vueltas del



El castillo del Santo Angel y el puente romano, prisión de papas y pesadilla de Carlos V.

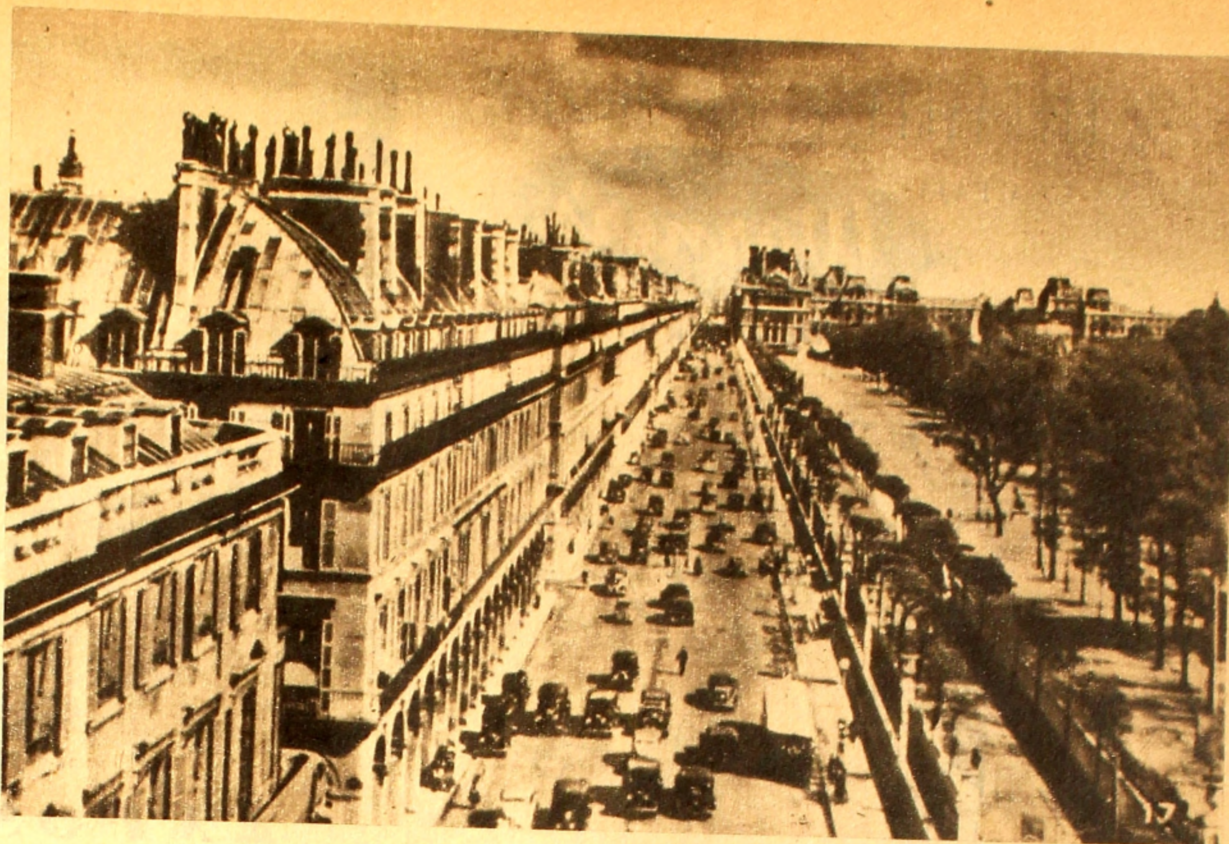
grano de polvo a la pista elíptica de una órbita. Y, cada cien vueltas, un punto de mira que la aventura humana cuenta y mide. El siglo que se hizo mito. Y creó persona. De tal manera que se busca la diferencial de cada siglo. Que aun la buscan los sabios. Valga, pues, el mito. Y sirva.

¿Ruptura de tradición y de continuidad, en el medio siglo XX? En la aventura humana, no. En cuanto si rompió la ciencia, encadenada queda a la obra humana que hace época. O la rehace. La otra. La que dirige a los hombres. O los gobierna. O los desgobierna. O los libera. O los oprime.

Medio siglo XX. Sea. Vamos a la primera mitad del siglo XIX. Caída, y no muerta, la Revolución Francesa. Y la época es un tubo de ensayo, en pleno laboratorio. Múltiples los gérmenes que el cristal ya no oculta. Ni puede. Germen de la idea socialista. Germen de la idea nacionalista. Germen de la idea contrarrevolucionaria. Germen de la idea democristiana. Manifiesto comunista (otro germen aún)... Sin que la cuenta termine. Y ¿de qué está hecho nuestro medio siglo XX, el de los hombres, y el de la ciencia que "rompe", en cuanto humana, sino de la irrupción —y aún de la virulencia— de todos los gérmenes siglo XIX, continuidad y lazo jamás rotos? ¿Fenómeno hitleriano en Alemania? ¿Acaso se puede ocultar ya que es la versión simple del Estado-clase marxista en Estado-raza alemán?

¿Ruptura de tradición y de continuidad en el medio siglo XX? ¿Aún en la entraña fáustica de la ciencia? ¿De dónde le vienen a un Einstein y a un Luis de Broglie, el amor de la ciencia, la vocacion, el entusiasmo, la iniciación que es impulso y punta que penetra? De una verdad que no lo era, o lo parece. Que lo era en cuanto fué fecunda y fecundó a quien fué más lejos todavía. ¿De dónde viene el instrumento que dió la verdad actual, sino de un cálculo, o manera de cálculo, que ayer se hizo? Las ecuaciones de Einstein son ecuaciones "nuevas", pero son ecuación, cosa de ayer. Se revoluciona una Física sobre otra Física y no sobre el vacío. Como una Medicina sobre otra Medicina y una Fisiología sobre otra Fisiología. ¿La verdad? ¿La verdad de Newton, o de Laplace, o de Claudio Bernard? ¿Qué podrá pensar el hombre del año 2000 del hombre-Einstein, y qué podrá escribir quien haga su balance cuando el XXI siglo medie?

¿El medio siglo —y valga el mito?... Para un hombre del medio siglo XVIII, en su medio siglo anclado, qué podía ser su centuria en cuenta de historia humana? El siglo —y el signo— de Luis XIV, o de Pedro de Rusia, de María Teresa de Austria, o de Federico el Grande. ¿Qué podía dar ya, de más grande ni de más duradero? Imaginar no podía el "pobre hombre" de 1750 que el gran rastro, en la aventura humana, de su siglo XVIII no vencido, llamaríase Revolución Francesa y no "Rey Sol", Jorge Wáshington y no Pedro de Rusia. Nada o casi nada, sus cincuenta años de grandeza al día. Todavía estaba por hacerse el siglo XVIII consagrado. Pasa uno ahora mismo por la calle de Rívoli, en París, y hacia los jardines de las Tullerías, en simple muro de valla, una placa no más, humilde y corta, señala el lugar donde la Convención deliberó y actuó. Y llega hasta el hombre que pasa y lee una honda emoción en la humildad de la placa acentuada, con profundidades de permanencia que la monumentalidad de aquel primer medio siglo ignora. ¿Y el primer medio siglo XVI? Carlos V de España y Francisco I de Francia. El Imperio. Las guerras de Italia. El castillo del Santo Angel y el saco de Roma.



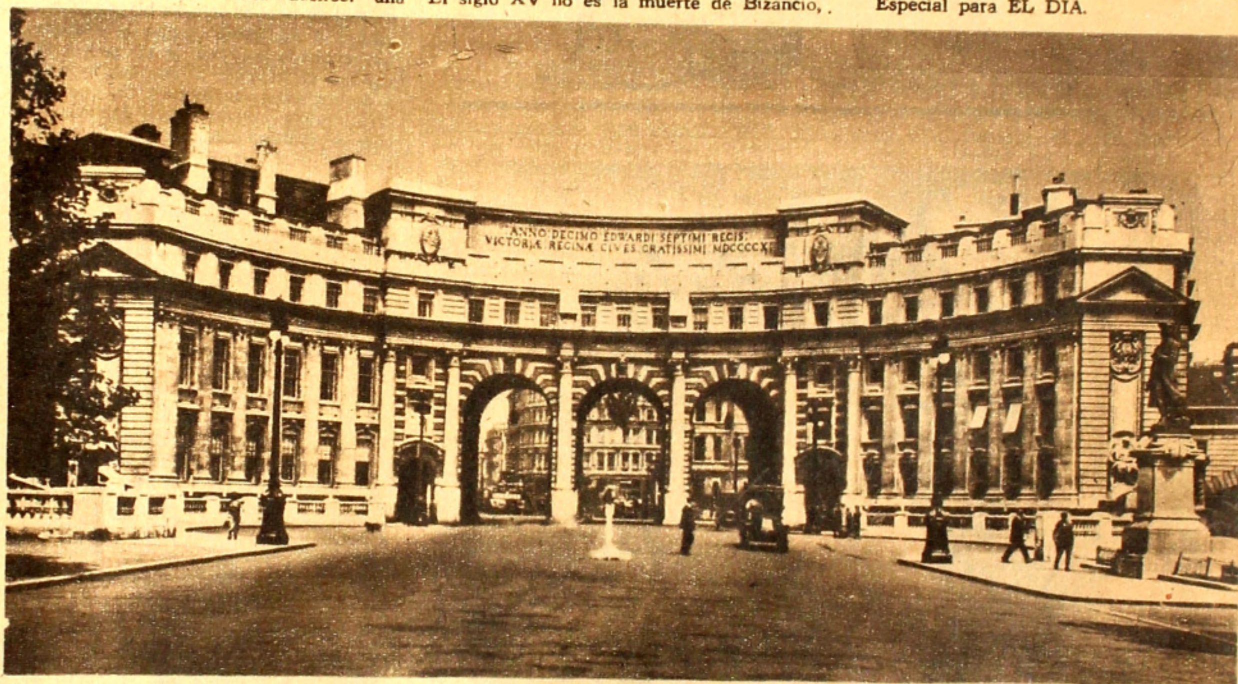
La calle de Rívoli, en París. Y una placa humilde: "Aquí se reunió la Convención".

Marignán y Muhlberg. Yuste y el castillo de Blois. Y son el monje Martín Lutero y sus rebeliones lo que en la aventura humana vive todavía, cuando nada queda de lo que en su tiempo era ya todo el siglo XVI. ¿Medio siglo XIX? Napoleón y las Restauraciones. La Santa Alianza y los pactos de familia. ¿Tenía otro signo el siglo? Y el siglo XIX, hoy, es 1848, Bismarck y el Imperio Británico. Podría decirse: una tumba en los Inválidos y el Arco del Almirantazgo en Londres. Pero algo más destaca todavía. Y algo más hondo hay aún en el medio siglo XV. Encrucijada de los tiempos nuevos, cuando la guerra de los Cien Años pone "Fin" en su telón que cae. Y cae Bizancio al mismo tiempo. Y entra el turco en Europa. ¿Qué más para la eternidad de un siglo? Y sin embargo. . El siglo XV no es la muerte de Bizancio, ni la llegada del turco, ni el final de una guerra que cien años cuenta. Polvo, visto desde hoy. La inaudita peripecia. Era nueva y fin de siglo, es el hallazgo de América.

¿Para qué buscar en estos días el signo del siglo XX?

J. B. TOLEDO.

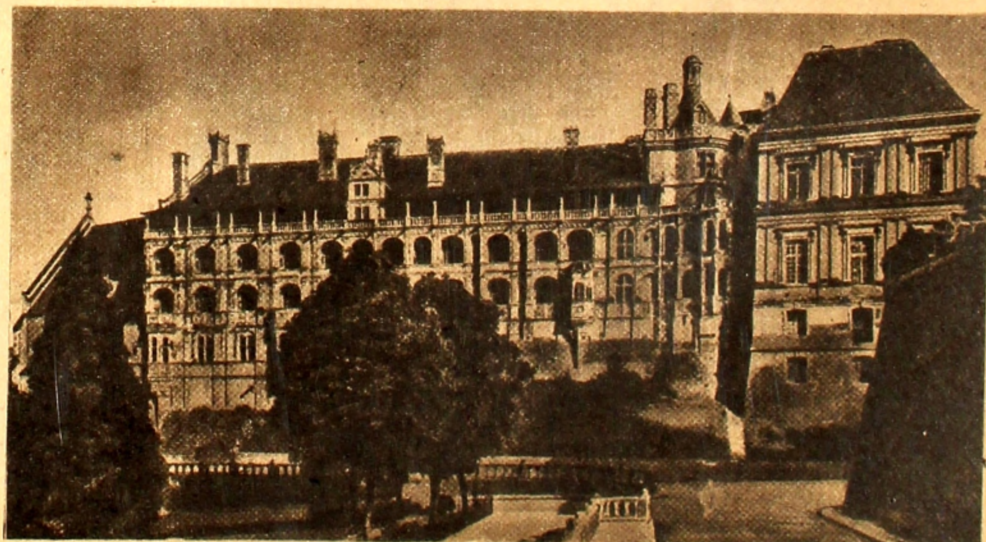
Especial para EL DIA.



El Arco del Almirantazgo, en Londres, signo del siglo XIX.



Lo que queda de los Propíleos de la Puerta de Oro, en Constantinopla, por donde, en 1450, entró en Bizancio el primer turco.



En este castillo de Blois soñaba Francisco I con hacer "suyo" el siglo XVI.







Puente de la Cité. Oleo.

EXPOSICION ZOMA BAITLER

ZOMA BAITLER ha vuelto de Europa y ha traído consigo 35 cuadros que expone en la Galería Berro. Nosotros le alcanzamos a ver por la antigua Avenida Orleans, hoy General Leclerc, con su caja de pinturas caminando a paso agitado, buscando motivo para su tela en blanco. Este espíritu inquieto, hacía apenas un día que había arribado a París, y ya sentía la necesidad de plasmar lo que sus ojos ávidos y deslumbrados descubrían. Un nuevo mundo... y un mundo nuevo de artistas. Siglos de pintura dan al pintor la seguridad de que al realizar, al crear, está luchando por algo, porque toda esa obra inconmensurable que anidan los museos, estimulan la acción, y siempre se descubre un granito de alguno de los grandes que se cree poseer. Esta ilusión lleva a luchar y luchar, sintiendo inconcientemente el empuje de los grandes. En verdad, otros sufren el revés, y la visión sobrenatural de tantas obras los inhibe de crear, y por mucho tiempo se estabilizan, esperando el momento propicio. Zoma Baitler es de los primeros. Nada esperó para plantar el cabellete en las urbes de París. No sabemos si equivocadamente o no, lo cierto es que a pesar



"Mercado de Génova". Oleo.

de todo, y luego de una primera visita al Museo de los impresionistas, se sintió con la fuerza necesaria para comenzar.

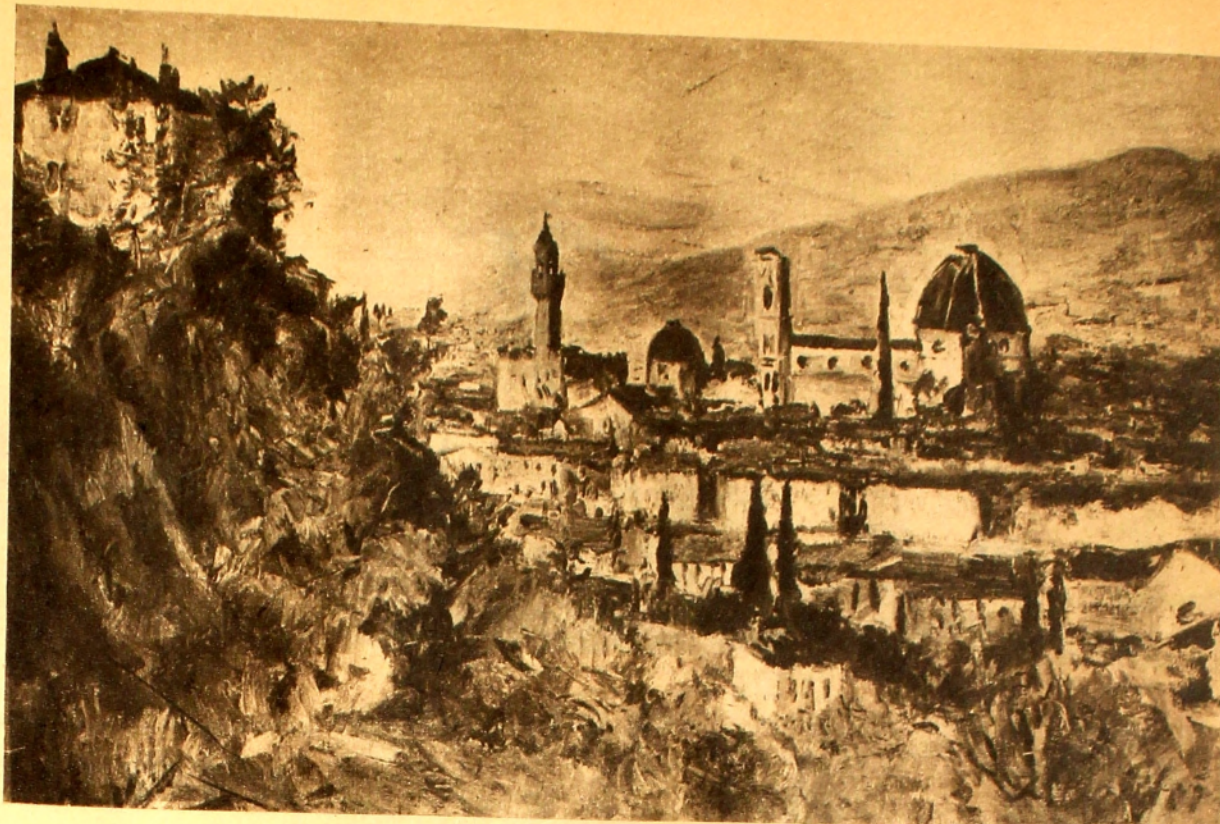
*

Ahora estamos ante sus cuadros. Lo primero que se descubre en la pintura de Baitler es una nueva armonía que juega su contraste con dos colores; el amarillo y el violeta. Estos colores, que se complementan, son la gama del total en que se mueven los otros tonos y detalles. Son la luz y la sombra.

Si hemos de hablar sobre la superación de Zoma en esta serie de obras, diremos que han sido sólo los motivos los que han cambiado, ya que en tan poco tiempo y tan agitadamente, no se medita una obra de arte. Pero su característica es el impresionismo, y no olvidemos que el impresionismo es una pintura espontánea.

Si la exigencia de tal Escuela es la fineza y la dilución de las formas en la luz, no es esto precisamente lo que Zoma realizó. Es decir. lo realizó en parte y como todos los artistas, tienen aciertos y desaciertos, aunque a estos últimos. les llamaremos mejor obras que no han llegado a la altura de las otras. ya que en Baitler, siempre rige un equilibrio como puntal de su obra total, pero que a veces se ve alterado por algún cuadro en que parecen unirse todas las buenas virtudes del pintor, y convertirse en algo superior a lo general.

Si bien la pintura directa del natural, requiere como condición notable la toma rápida y espontánea, y más en el impresionismo, donde debe captarse la luz y sus efectos, creemos que en algunos de los trabajos presentados, el pintor no ha tenido en cuenta la fineza del color, y el empaste robusto, junto al mismo valor en distintas coloraciones ha confundido un poco los planos. Nosotros, que conocemos toda la obra de Baitler y su evolución, creemos se deba esto al apresuramiento en que debió trabajar, y a su afán deslumbrado y entusiasta de pintar los temas europeos, tantas y tantas veces vistos y valorados en las reproducciones, y luego palpados y vividos en los Museos. Pero... cuando tal entusiasmo proviene para asimilar y realizar con la devoción que Zoma lo hace, es perdonable este traspié.



"Aspecto general de Florencia". Oleo.

En esta muestra existe el cuadro a que nos referimos más arriba. Es el titulado "Place Edgard Quinet" (París). Aquí los oros que el Otoño derrama en los árboles están muy bien captados, y la espontaneidad de toque se une con gracia a toda la estructura del cuadro, envuelto en una gama sutil y bien lograda, en la que alternan los verdes y rosas, ocres y amarillos, todos dominados por el centro dorado de la arboleda. Atrás el caserío, viejo, patinado el color, y con esos tonos pizarra u ocre viejo con que están tamizados los bohemios techos de las bohemias bohardillas de París. Otra tela de muy estimables valores es "Piaza di Mercato", de Génova. La luz ha sido captada aquí como principal fuente de efecto. Resbala por las antiguas paredes, y baja apenas para destacar la muchedumbre apiñada que el artista hace jugar con toques indefinidos hasta dar la sensación clara del conjunto. Su contraste de sombra, bien respaldado por la tonalidad ocre oliva del muro, hace resaltar un cielo de luz que se ve bien rodeado de la gama empleada.

Pero un cielo de acertada factura es el del cuadro "El Vesubio". De un azul total la obra encierra valiosa síntesis que culmina ,como decimos, en el cielo poblado de nubes que asoman a través de las montañas, y reflejan en las aguas quietas el plateado azul de un rica factura.

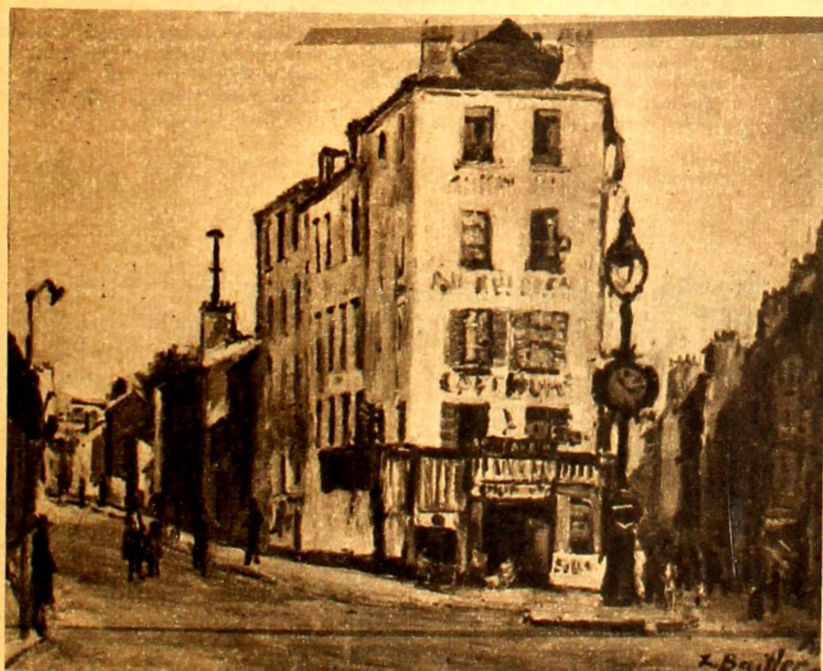
Como no podía ser de otra manera, los puentes del Sena tentaron al pintor. Estos temas, tan tratados y sin embargo tan hermosos, por lo que en ellos puede lograrse como efecto de luz, de sol y aún de sombras, sacudieron la sensibilidad de Baitler, y en la exposición, muchos son los que nos dan las verdes cintas del follaje que los circunda, o los altos y esfumados edificios e iglesias que recortan el cielo con sus mástiles, sus cúpulas y agujas, o simplemente las manchas grises extendidas en el espacio. Zoma ha conseguido reunir algunos de estos cuadros con especiales características. No ha fijado decisivamente y concretamente determinado efecto y lo ha interpretado como tal, sino que ha captado a la luz amarilla y a la sombra violeta, a los verdes sólidos, y a las aguas turbias, pero desde una posición un poco igual si se quiere... Desfilan en la exposición de 33 obras, el viejo Montmartre, y la "Rue Saint Vincent", "Port des Invalides", "Un Coin de París", "Matin en face La Seine", "Chartres", "Pont Marie", "Pont Neuf", "La Conciergerie", y de Italia "Ponte San Angelo", "Il Castello di Nápoli", "Canale di S. Pietro", "Isola di Capri", "Génova" y acercándose más hacia occidente, la "Costa de Portugal".

Zoma Baitler ha aguzado su sensibilidad, y ha interpretado con su personalidad, y esto es tal vez lo más importante, los temas que tantos grandes han pintado. Verdaderamente, y para estar tan cerca de la cuna del impresionismo, Baitler no se diluyó en la imitación de ninguno de los maestros de esta Escuela, y siguió siendo él, con sus medios, un poco rudos tal vez, salvo las indicadas excepciones, pero sincero y obedeciendo a su voz interior. Han cambiado sí los temas y motivos, mas el pintor sigue fiel a su ruta. Este sea tal vez el mayor elogio que podamos brindarle.

E. V.



El pintor en su taller.



"La buena esquina". Oleo.



"El Vesubio". Oleo.



Columnas de seis o siete metros de altura, sosteniendo en lo alto una estrella vegetal de la que pende, verde y oro, el racimo del butia.



Paisaje abierto, brillan entre el húmedo verdor

HACIA EL MAR, POR

EL diseño de este camino carretero entre los palmerales de San Miguel, orlados de niebla blanquecina y húmedos de verdor, debe haberse realizado sobre el mapa de la región con el mismo ademán elegante y lírico de quien traza una pincelada sobre la tela de un paisaje para animarlo y enriquecerlo artísticamente. Queremos creer — y además, así lo parece — que no contaron esta vez más de la cuenta esas poderosas razones de financiación que inducen a construir otros caminos carreteros, buscando la fácil salida de nuestros productos naturales a los mercados del mundo, y sólo pesaron aquellos otros afanes desinteresados de hacer accesible a la contemplación humana una zona de admirable belleza, antes inabordable, formada por los esteros de San Miguel y de Santa Teresa, tierra anegadiza, valle encantado de la llanura atlántica, poblada en toda su extensión de palmeras tricentenarias.

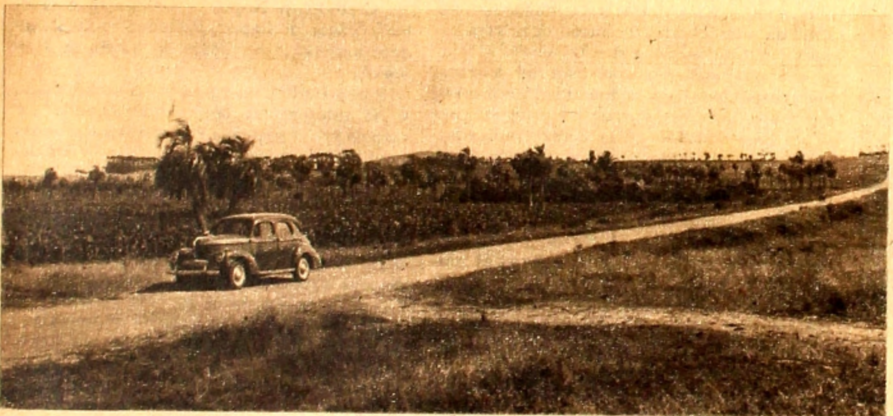
Desde la Villa de Castillo, posta obligada en el viaje al Este, y de donde ya existe una ruta que por Angostura lleva a las Fortalezas y al Chuy, arranca este otro derrotero, llamado Camino del Indio, amplia curva de unos cincuenta kilómetros que describe su parábola por sobre un altozano, juego de montículos que dan pausado movimiento al horizonte en ondulaciones musicales, entre los bañados a uno y otro costado, para venir a cerrarse sobre la franja del arenal en la Coronilla. Paisaje abierto, brillan entre el húmedo verdor de la pradera espejos de agua con marco de nenúfares azules o blancos, mansos arroyos de llanura con guirnaldas de camalotes, el pajonal de ondulantes penachos, y las palmeras infinitas marchando en ejército por los repechos arriba, hacia la luz, hacia el sol, columnas de seis o siete metros de altura sosteniendo en lo alto una estrella vegetal de la que pende el inmenso racimo de butiá, verde y oro bajo el cielo de esplendoroso azul, y sobre el valle de verdes charolados. El signo interrogante de las palmeras da continuidad tropical al paisaje y cierra el horizonte hasta donde la vista alcanza, como notas de un pentagrama.

El horizonte es vasto y parece que no pueda ser recorrido y medido, como si se tratara de un mundo mitológico, reino de la fantasía, primoroso paisaje que todavía no conoce la voluntad del hombre. Pero si se abandona el camino real para adentrarse en el valle por cuestas fangosas, por caminos limosos — y necesario es hacerlo por senderos que tal vez fueron derroteros de indios, para poder conocer la intimidad de su belleza — el panorama se va ensanchando al paso en abanico, y ya no parece tan tupido, ni tan avecindadas las palmas como se las descubría hasta entonces, con separaciones hasta de seis o más metros. Adquiere entonces una rara movilidad dando la sensación de que se alejasen por los repechos arriba, hacia el sol, huyendo con la carga preciosa de sus racimos de butiá; los espejos de agua se trizan en cristales y elévanse en vuelos de garzas; de un recodo se dispersa en espantado desorden una tropilla — crines y relinchos — de caballos en libertad, friso broncíneo y reluciente sobre el columnario de palmas.

En un solo día, en una sola jornada caminera, hecha con el sosiego contemplativo del lírico que a cada paso se detiene extasiado, y toma fotografías, puede cumplirse toda la ruta que abarca desde la ciudad de Minas por las sierras del Carapé, paisaje de alturas, agreste y áspero pero infinitamente bello, que conduce al mar, enlazándolo con este otro camino de tierras bajas, verde pradera, valle encantado, en el que nace la aurora...



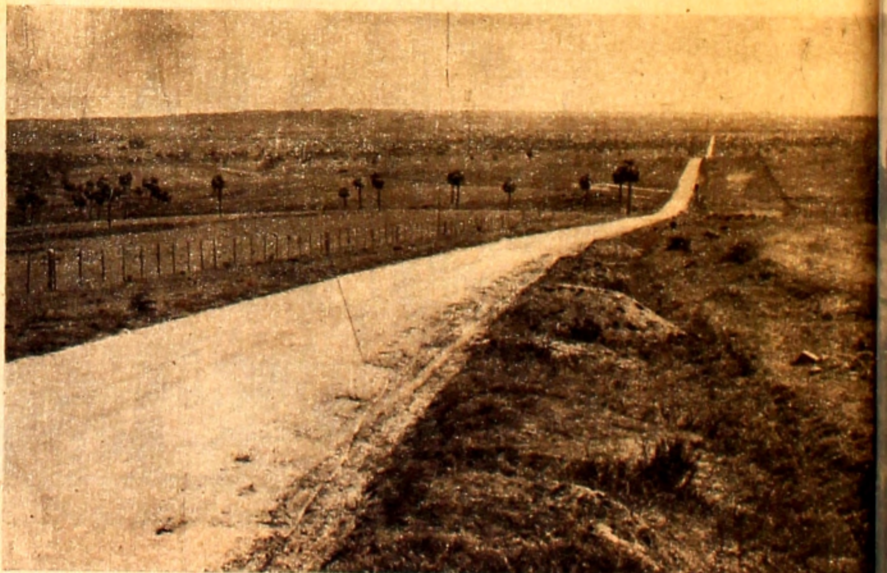
Ribera de la Laguna Negra, naturaleza aplastante, paisaje austero.



Ruta entre palmeras, con los bañados de San Miguel y de Santa Teresa a uno y otro costado.



Camino del Indio, amplia curva de unos cincuenta kilómetros que describe su parábola por un altozano, hasta llegar al mar.



Juego de montículos que dan pausado movimiento al horizonte en ondulaciones musicales.



...ra, espejos de agua con marco de nenúfares.



Palmeras infinitas marchando en ejército por los repechos arriba, hacia la luz, hacia el sol.

CAMINO DEL INDIO

...ntro de ese bolsón que forma el arco ...Camino del Indio, está la Laguna Ne... apenas visible entre el palmeral, en ...dicción privada, dentro de la estancia ...os señores Rubio, levantada sobre un ... desde el que se domina el llano, cons... ...ión de piedra con una marcada ten...ia a baluarte, pero acogedora y hospi...ia, con hospitalidad señoril de la que ...utamos en el agasajo del mediodía, ...ido con la cortesía de un patriarca.

...r peoncito vivaz nos sirve de guía lue...para ir internándonos por el palmar has... ribera de la laguna. En un laberinto ...troncos bajo el dosel de las palmas, el ...queano" señala el sendero a seguir, des...iérdolo por puntos de referencia — ... cañada, una palma en "V" — o mi...do el suelo para descubrirle signos que ...e sabe; titubea a veces, y otras rectifi...el camino andado hasta encontrar otro ...dero, que es el verdadero. Son algunas ...as hasta llegar a la ribera de ese in...nso depósito de agua con más de 180 ...metros cuadrados de extensión, en el ... se vuelcan infinitos arroyos. Un viento ... riza en diminuto oleaje las orillas, ex...yándose apenas sobre una arena gruesa. ...un paisaje severo, sin reflejos ni luces, ...que vida animal alguna se agite en las ...as oscuras — posible formación turbera ... le da esa tonalidad grisácea, con algo ...tétrico que incita a la melancolía, aplas...te soledad, inasible naturaleza, respi...dose un polvillo muy fino que enceniza ... labios, como para una penitencia...

*

Y otra vez al carretero entre las palmas, ... la luminosa pradera pomposa de co...ido, de luces, de gracia y belleza que, ... duda por contraste con el anterior es...táculo, se nos ofrece más risueña y luminosa. Nos cruzamos con otros coches a velocidades imprudentes, levantando polvaredas que les borra con tierra el paisaje de charolado verdor que no los llama al gozo contemplativo, sin otra voluptuosidad que la del escalofrío de sentirse veloces. Uno de los coches se desvía y vuelca aparatosamente, rodando por el valle en el que queda destrozado, y sus ocupantes ensangrentados, lesionados en el suelo, pero no tan graves, pareció, como hubiera podido temerse... Por algún lado hemos leído que existe en alguna parte un monumento en el camino, con un auto destrozado; advertencia elocuente, prudente enseñanza a los insensatos, que nos sería utilísimo copiar para esta carretera...

Ningún otro árbol que palmas en el paisaje, salvo el higuerón copudo que las va estrangulando, enroscándosele al tronco hasta secarlo y robarle su tierra y su sol. Es su enemigo, y habrá de arrasar el palmeral totalmente, ya que ninguna planta nueva sustituye a las palmas tricentenarias que el higuerón consume, o el hombre tala por la codicia ínfima de apenas un litro de miel áspera, que es la savia con que se nutre...

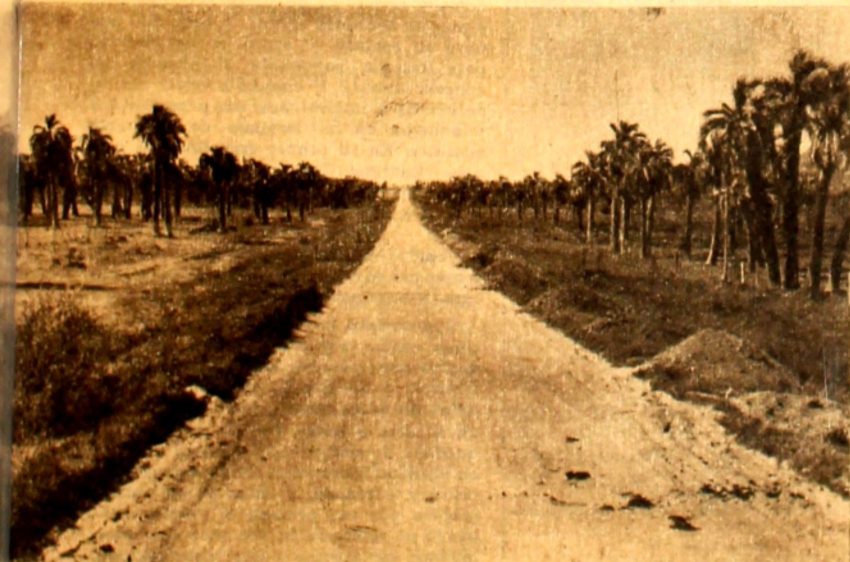
Aparecen algunos claros extensos sin palma alguna, y a buen seguro que este paisaje, llamado a desaparecer, ya dista de ser en mucho aquel palmeral tupido que obligó a los zapadores de Ceballos a talarlo en una senda de cinco kilómetros, para que pudiera pasar el ejército expedicionario a Río Grande.

A poco más de andar empiezan las dunas, contenidas apenas por una débil vegetación, y el viento trae el sabor del mar...

AMARUX



Al borde del camino del Indio, en su iniciación, uno de los pocos núcleos humanos que lo orillan.



Zona de admirable belleza, antes inabordable, formada por los esteros de San Miguel y de Santa Teresa, poblada de palmeras tricentenarias.



El signo interrogante de las palmeras cierra el horizonte hasta donde la vista alcanza, como notas de un pentagrama.

EL MENSAJE DE ROSALIA CASTRO

ROSALIA CASTRO nace en Compostela una lluviosa noche de febrero de 1837. La madre, dama hidalga, había dejado su vieja y señorial mansión campesina, el pazo de Arretén — arcos severos, vasta solana, noble piedra de armas — para recatar en la ciudad su alumbramiento de soltera. A sombra de tejado, el médico que la atiende lleva la niña bajo la capa, en la madrugada, al Hospital, donde se la bautiza. Llueve tercamente. En la partida se declara "Hija de padres incógnitos". Pero no entra en la inclusa. Una parienta del padre "incógnito" — José Martínez Viojo, canónigo de Iria Flavia — se hace cargo de su crianza.

En la obra de Rosalía parece hallarse siempre presente el rumor de la lluvia que arrulló su primera noche, y la sombra — "negra sombra" — de su nacer oculto. Pasan a veces ambos motivos al primer plano y otras retroceden alejándose; pero jamás dejan de percibirse. Cierto que la lluvia, ingrediente esencial y nutricio del verde y gris paisaje atlántico de Galicia, se impone allí con tanto vigor al escritor o al artista como en el Mediterráneo el cielo y mar azules o el claro sol. Pero en Rosalía la lluvia, y aun el agua toda de la tierra, muestra más tenaz y trascendental presencia que en ningún otro poeta gallego. Hay en ella una verdadera obsesión del agua, como hay también la obsesión de lo oscuro, de lo medroso, del abandono, soledad y ruina en contraste con la luz y la alegría.

En los comienzos de la adolescencia se va a vivir con su madre. En medio del frondoso y jugoso paisaje de la vega de Padrón, entre viejas leyendas célticas y cristianas, y antiguos monumentos, se le irá revelando la vida, y en primer lugar la propia, con sus incógnitas y sus sombras, con sus lentos y a menudo amargos descubrimientos. Advierte su extraña situación familiar, el ocaso de un linaje ilustre, de la que "noutro tempo venturoso" llamaban Casa Grande. Y aunque siempre anhelosa de goces serenos, que ella pudiera paladear sobremanera, sólo amarguras contemplaba en torno. Unicamente el amor de la madre, llamita consoladora, alegraba su vivir; en ese amor centra su inmenso afán de ternura sin destino y a él se aferra casi desesperadamente. Pero la madre se le muere; y entonces siente que le envuelve una cerrazón irremediable. Dedica a la muerta, como ofrenda, un manojo de doloridos poemas, los primeros que publica. La Casa Grande queda abandonada; con el tiempo crecerán en el patio a sus anchas los hierbajos en medio de temeroso silencio. Algunos años después ha de evocar esta soledad y ruina en una de sus más bellas composiciones, "Como chove mihudiño". Bajo una lluvia mansa, que renueva el verdor de los prados, y un cielo cubierto en el que lucen ocasionalmente errantes resplandores de ópalo, el pazo de Arretén, con su balconada y su capilla y su blasón, aparece como una masa parda, oscura, triste, que, ceñida por la hiedra, se desmorona mes tras mes ¡piedra tras piedra.

Rosalía, en cambio, jamás habla de padre, y por razones obvias. Mas no hay duda que lo conoció. Vivió con una hermana de él — la que la recogió junto a la pila bautismal y que se llamaba María Josefa —en Ortoño, un lugar del valle de la Mahía, sus primeros ocho o diez años. En una carta que Rosalía escribió a mi padre — que era nieto de esa Dª María Josefa — confiesa que con ella le unían lazos más estrechos que los de la simple amistad. Es muy posible que aquella imagen de un canónigo sentado al sol en el alegre cementerio de Adina, que pasa fugazmente por su poesía "Padrón!... Padrón!", evoque a su padre viejo.

*

Sobre esos cimientos de melancolía fueron cayéndole, a lo largo de la vida, sinsabores y penas, ya no vagos sino tangibles y aun de cortantes aristas. Y todo ello maduró su espíritu y aguzó su sensibilidad para tornarla penetrante ahondadora del corazón humano. Y empezó a verter sus experiencias e impresiones, sus pensamientos y anhelos, en un lenguaje de admirable sencillez. En su primer gran libro de poemas, "Cantares Gallegos" adopta un tono campesino lleno de gracia y de frescura y aun de ironía amable. En sus obras posteriores — "Follas Novas", "En las orillas del Sar" — al hacerse más vasta, profunda y esencial su visión, el lenguaje cobra blancura, transparencia y levedad de cendal.

Apenas cabe hoy formar idea de lo que, como osadía, significaba escribir en España, no muy pasados los comedios decimonónicos, como Rosalía escribía. Diez días antes de nacer nuestra poeta, daban tierra en Madrid a Larra. Con él se iba lo que quedaba de sustantiva y rigurosa elegancia en el oficio literario, la forma expresiva, incisiva y sofrenada. Y en su propio entierro rasgaba por vez primera el viento, embobando al auditorio, la voz funeral y declamatoria de Zorrilla. Los victorhuguescos

y lamartinianos triunfaban en el mundillo literario y entre el gran público. Con versos rimbombantes y desaforados, vestían los poetas en candelero — muchos de ellos Ministros de la Corona, Títulos de Castilla, cortesanos, gentes de pro y cómodo vivir — sus amargos tormentos, sus macilentas vigilias, sus extenuadoras melancolías a la moda romántica, pura filfa. Y bien que poco a poco los cipreses, tumbas y ruinas de la escenografía romántica fuesen luego cayendo en desuso, la ampulosidad perduró largamente.

En medio de aquel estanque de aguas espesamente dormidas, y ranas vocingleras, cayó, como limpio guijarro de arroyo, la voz de Rosalía. Aunque la piedra agitó ligeramente las aguas, el batracio concurso apenas volvió la cabeza. Hubo, con todo, quienes advirtieron la nueva presencia y el valor de su voz discordante, simple y franca. "Cuando todos declamaban o cantaban, ella se atrevió sencillamente a hablar", dijo Diez-Canedo. Era el retorno a la verdad. El dolor y la tristeza, tal como el hombre de verdad los siente, expresados con la sobriedad y el auténtico son de lo sincero. Pero ¿podía hacerse arte de ese modo, con tan pobres elementos? ¿No debía ser el arte grata o despampanante mentira, ficción, trampantojo: artificio? Y no eran sólo los románticos quienes arrastraban su caja de cachivaches; también los otros, los académicos o clasicistas tenían la suya. Rosalía, horra de libresca pedantería, alma llena de frescura, gusto delicado, percibía con acuidad y casi física desazón la ridícula falsedad de unos y otros. La pobreza y esterilidad del panorama literario que contemplaba le infundía desgano. "Nade de romanticismo ni de clasicismo —hace decir a una dama en su más conocida y original novela, "El caballero de las botas azules". Ya no sé lo que deseo. Estamos cansados de esos versos, eternamente los mismos. Crea usted que no sé qué leer... Apenas sabe una en que entretenerse, no hay nada bueno, absolutamente nada".

Para salir de ese pantano era menester retornar a la simplicidad inicial, mirar las cosas con mirada directa y adentrada, como los clásicos auténticos. Descubrir, no copiar. Y ese fué el empeño de la vida de Rosalía, su lucha, tremenda lucha silenciosa que movió casi sola, casi sin ayudas ni ecos. Apenas Bécquer — el de las Rimas — acometía por el mismo tiempo una empresa parecida. Tenían la misma edad y llegaron a Madrid casi a la vez. Dícese que ella le hizo conocer a Heine en una traducción francesa. El poeta de los Lieder ejerció ciertamente algún influjo en los dos poetas hispánicos.

La obra poética de Rosalía — su obra en prosa, poco estudiada, pero de gran interés también, merece consideración aparte — se condensa en tres libros, dos gallegos y uno en castellano. El primero, "Cantares Gallegos", obra de juventud, está empapada del aire campesino de Galicia y tan identificado con lo folklórico que algunas de sus canciones pasaron al repertorio popular. Pero bajo la forma y los motivos, adviértese ya a menudo el típico toque rosaliano que había de florecer con brío y peculiaridad en los otros dos libros posteriores. En ellos — como también, aunque menos, en las Rimas becquerianas — está ya manifiesta esa corriente que renovó la poesía española por la vía de la depuración y el desnudamiento y que tuvo tiempo después en Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, representantes egregios. Por veces, no es tan sólo la ascética disciplina de la forma, la música nueva y extraña de su verso, la actitud zahondadora del alma, el tono de intimismo lo que en Rosalía aparece precursoramente, sino aun los temas. El "clavo de oro de hierro o de amor" se torna en Machado la "espina de una pasión" cuya ausencia se añora. Y sin embargo el valor de la poesía rosaliana tardó en ser reconocido. Ya su raro sonar — el aspecto que más pronto podía hacer parar la atención a la dominante garrulería — desconcertó de entrada y al fin lo rechazaron.

Los oídos acostumbrados a más vulgares sones no soportaban los nuevos acordes creados, con fino instinto musical, por Rosalía. No bastaban a nuestra poeta para una cabal expresión poética los metros o combinaciones métricas al uso, el octosílabo, el endecasílabo, el alejandrino, el endecasílabo con el heptasílabo. Revolucionando la preceptiva tradicional, junta el verso de ocho con el de once sílabas y con el de diez y asonanta los largos de catorce y dieciséis. Y con todo eso, que no es una mera argucia técnica sino exigencia de su arte, consigue maravillosos efectos expresivos. El verso redondo y fácil se quiebra con los nuevos ritmos y puede rendir con más ajustado sonar ciertos estados de alma. Rosalía es la primera gran revolucionaria de la métrica española en el siglo XIX. Su lección será recogida y llevada a dilatados términos por otros poetas posteriores.

Esa revolución de la forma no era sino un aspecto de otra más amplia, de su integral renovación de la poesía en España. Por vez primera después de muchos siglos tornaba a oírse en la poesía peninsular una vigorosa voz atlántica. Hasta entonces — y desde la Edad Media — los ecos de lo clásico mediterráneo habían dominado con casi indisputado dominio. Como todo gran artista Rosalía creó un mundo suyo y ese mundo poco tenía de lo griego o de lo romano. Era sustancialmente atlántico, céltico y lo alimentaba de las esencias perduraderas de su tierra y de su raza de Finis Terrae, de cabo de mundo, de extremidad y borde frente al mar inmenso. El sentimiento primario del mundo natural que engendró a Rosalía, y del mundo poético que ella engendró, es la saudade. La saudade brota de un equilibrio inestable, de un estado de mansa pugna o agonía entre el individuo y lo que no es él. El hombre mediterráneo humaniza la naturaleza y la siente cosmos, es decir, orden. En él, como en un imperio universal perfectamente organizado, se inserta, en una cabal armonía estética. La luz brillante y grata sobre el azul del cielo o del mar o en la transparencia del aire precisa los contornos de las cosas y cada una es, a la vez, ella misma y miembro del inmenso todo comprensible y claro. La razón ordenadora es lo que une allí al hombre con la naturaleza. En el hombre atlántico pasan las cosas de otro modo. Las brumas pertinaces, la mansa lluvia menuda, con sus entremecidas cortinas grises, esfuman las realidades, al punto de dudarse si serán cosas tangibles o más bien nubes volanderas, espectros, figuraciones, reflejos de nuestros estados de alma. Origínase entonces una sorprendente sensación de intimidad con la naturaleza, un acercamiento maravilloso entre ella y el alma y uno no sabe ya si es el alma la que se extravasa y difunde en el ambiente o lo exterior que se infiltra vagorosamente en nuestros adentros. El hombre no humaniza a la naturaleza por la razón ordenadora sino buscando una como unión mística con ella. Para el hombre mediterráneo cada cosa está ahí, concreta, independiente, sustancial, aunque formando parte de una entidad colectiva total; para el atlántico las cosas no muestran esa fundamental autonomía, parecen integrarse en un gran ser, único y solo, en un sustancia única, de la que las cosas son meros accidentes.



Rosalía Castro.

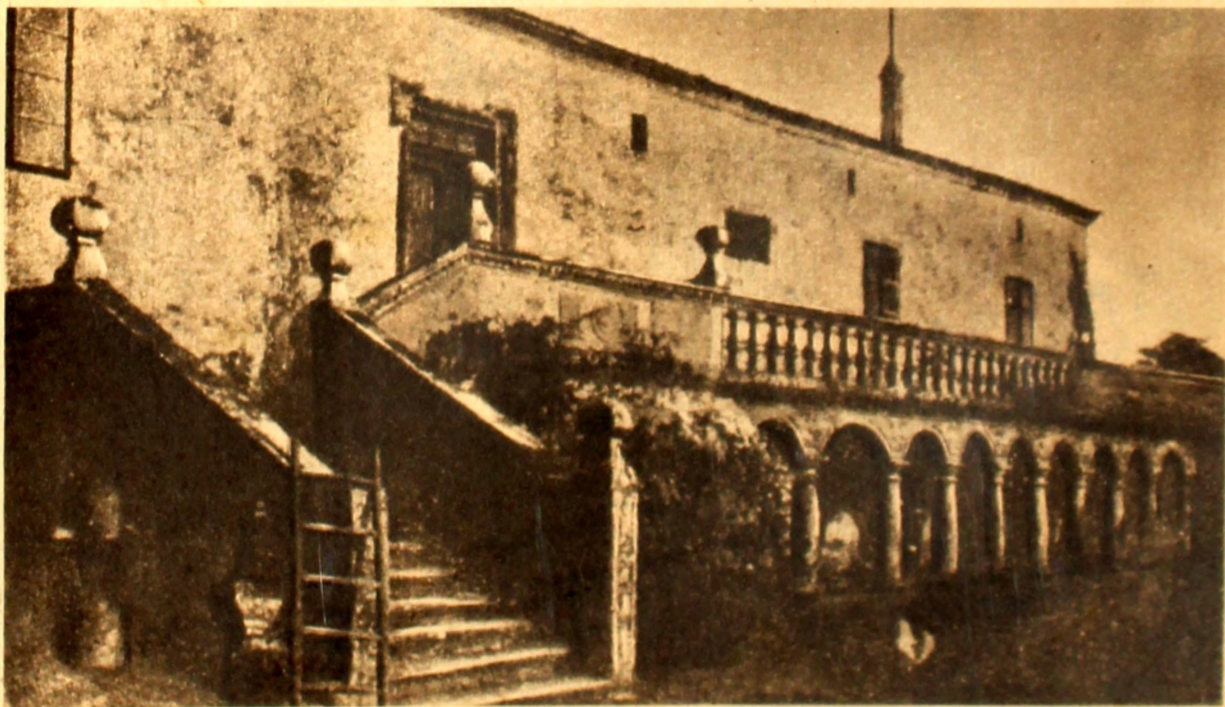
Lo que hay es que esa fusión o incorporación nunca es total y definitiva; jamás se pierde la noción de lo individual ni puede darse esa abismación aniquiladora de los panteístas orientales. La naturaleza siendo ya casi nuestra, no deja de seguir siendo ella, y nosotros, siendo de la naturaleza, no dejamos de seguir siendo nosotros. Y así sobreviene una lucha dialéctica, un dinámico forcejeo entre el yo y lo que no lo es cercanísimos pero jamás confundidos, que produce en el alma un sentimiento vago, inestable, sin posible resolución, un desgarramiento psíquico, afán de fundirse con el mundo e inconsciente conciencia de la imposibilidad de lograrlo del todo. "Saudades do nunca nado e do que nunca finou. Saudades de non sei donde e de non sei que, saudades", para decirlo con palabras de dos poetas gallegos.

Para Rosalía, el mundo exterior sólo tiene valor en cuanto reflejo o confirmación de sus imágenes y aventuras interiores. "Su alma, sincera y fuerte — dice Otero Pedrayo — va desnuda por los caminos del mundo, solamente vestida con su propia esencia y el mundo todo adquiere la forma que le presta la esencia del poeta". Y ese ser interior suyo, aquellas imágenes y aventuras, no las analiza y descompone, sino que las vive y las refleja. Y como a pesar de todo advierte y siente que siempre queda un algo inasequible, irreductible, que pugna por alcanzar y que no alcanza, que la identidad con el mundo no es posible, se le dilacera el alma en mansa amargura saudosa. Es esa la "negra sombra que m'asombras" que jamás la abandona, que a veces parece ida y que retorna, que se le muestra en el mismo sol y que es la estrella que brilla y el viento que zumba.

El mensaje de Rosalía Castro trasciende de aquí ya de lo meramente poético para elevarse con ello a la alta cumbre del fundamental problema humano. El sentimiento trágico de la vida presenta en ella su versión galaica, saudosa, afín de las de otros espíritus atlánticos. "Una mujercita celta sabia y triste escribió los versos traducidos en este libro — dice S. Griswold Morley — en el prólogo de la traducción inglesa de "En las orillas del Sar" editada por la Universidad de California. Esta mujercita fué una hermana espiritual de J. M. Synge porque como él sintió en lo más hondo la tragedia fundamental de la vida humana". Por encima y más allá de sus valores como escritora está su valor humano, de alma grande. Esto, justamente, explica la veneración y amor, esencialmente religiosos, que le rinden las gentes de su tierra.

Luis TOBIO.

(Especial para EL DIA).



El Pazo de Arretén (Iria Flavia) casa solariega de Rosalía Castro.

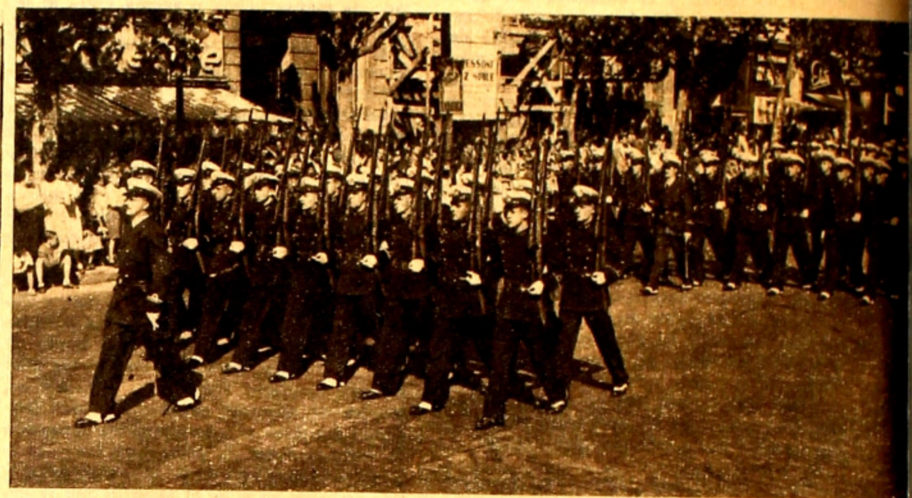
INFORMACION LOCAL



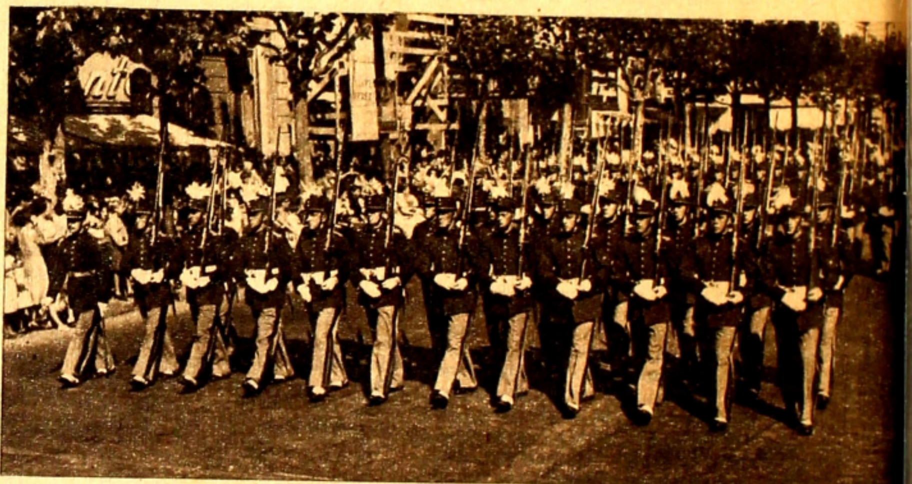
Desfile de reservistas voluntarios.



Abanderado y escolta de los alumnos de Aeronáutica.



Alumnos de la Escuela Naval durante el desfile realizado en los actos celebratorios del "19 de Abril".



Alumnos de la Escuela Militar desfilando por la Avenida 18 de Julio.



Entre los actos conmemorativos de la efemérides del "19 de Abril" figuró la plantación de un ceibo en la Plaza de los Treinta y Tres, por un descendiente de Artigas.





El conferenciante, Sr. Rubén Gary, que iluminó con su palabra la obra y la figura del pintor; la señora Delia Figari de Herrera, que cedió las telas de su colección para ser exhibidas.



Exposición de dibujos y pinturas de Pedro Figari, realizada en la Facultad de Medicina, como uno de los actos de la "IV Semana Médica Cultural".



Homenaje realizado ante el monumento al Barón de Río Branco al cumplirse el 105º aniversario de la fecha de su nacimiento, asistiendo al acto el Embajador del Brasil y funcionarios consulares, representantes de entidades uruguayas, etc.



El monumento "La Diligencia", del escultor Belloni, que será instalado en una plaza pública montevideana, en el taller de fundición, rodeado del personal de la casa fundidora.



Integrantes de la Gran Comisión Nacional Femenina Batllista pro candidatura César Mayo Gutiérrez, en la visita a la señora Juanita Etchemendy de Berreta, en su residencia.





"Día del minero asturiano" celebrado con extraordinario éxito entre la colectividad, pudiéndose apreciar en las notas una parte de la concurrencia, y en otra la banda característica.



Salida de la barca española que condujo al ex presidente D. Manuel Oribe. 21 de octubre de 1853. (Acuarela de Besnes).

VELEROS Y RANCHOS

ESTA búsqueda iconográfica de lo imposible, para ilustrar la vida de D. Cipriano, debe llevar necesariamente —justicia obliga— a exaltar a aquel viejo dibujante guipuzcoano D. Juan Manuel Besnes e Irigoyen, testimonio inicial de tantas realidades nuestras. Extraigo de su PRONTUARIO DE PAISAJES, algunas preciosas láminas de veleros, de esos que ahora si se ven en miniatura dentro de botellas, que dedicó en forma autógrafa en 1859, a su hermano D. Pedro María, residente en San Sebastián. Y, al mismo tiempo, estampo mi sello de protesta en contra del añoso burócrata que grabara el de la Biblioteca Nacional en el cielo mismo de las láminas, cuando pudo utilizar cualquiera de los extremos, sin que por ello se perjudicara el signo de la divina propiedad oficial.

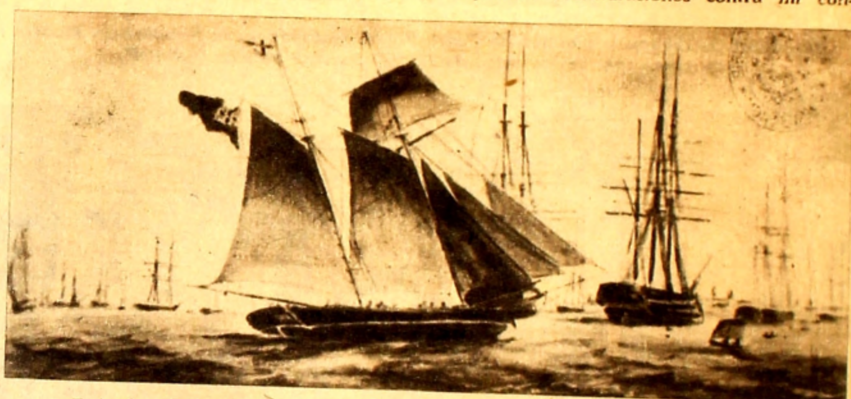
He usado veleros de mediados del siglo XIX, por falta de gráficos propios del 1778, en que habíamos dejado al aventurero lusitano. Pero ello afecta poco la cronología histórica. Jarcia más, mesana menos, estas barcas y corbetas son casi las mismas de D. Cipriano, como aquella fragata "Perla", que condujo de Maldonado a Montevideo en tan malas condiciones que hacía *"cada quatro minutos catorce y media Pulgadas de Agua"*, *"sin largar las bombas de la mano"*. Por lo hecho, y sobre todo, por lo que sabe, de Melo resulta valioso. Ceballos insiste en protegerlo. Ordena que no vaya hasta Santa Catalina, *"por que los Portugueses desean mortificarle, y le pudieran haver a sus manos, y ponernos en algun lanze o disputa sensible"*. Y *"ha servido a S.M. con mucho celo y exactitud"*, además de *"grande inteligencia"*. Y si alguno no se ha convencido aún de la importancia de Cipriano en nuestro siglo XVIII, vaya a preguntárselo —pasando lista previamente a sus nombres y títulos para memorizarlos— a *"Don Pedro Antonio de Cevallos. Cortés, Hoyos, Calderón, Cos. Arévalo. Barreda. La Vega, Porras, Estrade. y Escalante Cavallero de la Real Orden de San Genaro. Comendador de Sagra, y Senet en la de Santiago, Gentil hombre de Cámara de su Magestad.... Capitán General de los Reales Exercitos, Governador, y Comandante General de Madrid. y su distrito. Comandante General de las Fuerzas de Tierra, y Mar* (menos mal que no se conocían las de aire y las atómicas) *destinadas a la América Meridional Virey Governador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, Buenos Ayres, Paraguay, Tucumán, Potosi. Charcas, y de las ciudades, y pueblos de Mendoza, y San Juan, comprendidos en la Provincia de cuio, Superior Presidente de la Real Audiencia de Charcas, y Superintendente General de Real Hazienda en todos los ramos, y productos de ella"*. Pero es difícil que ello ocurra. Pues le pueden ofrecer un cargo de amanuense, con la obligación de iniciar los informes y memoriales con la lista precedente... Pues bien, Cipriano conoce toda su importancia. Y pide a Ceballos (etc., etc.) que le dé el preciado título de PRACTICO DEL RIO DE LA PLATA. Lo que obtiene finalmente el 12 de junio de 1778, con el agregado de que es acreedor a las vacantes con sueldo que se produzcan. Del 79 al 84, D. José Francisco de Sostoa, el del Mercado, lo comisionó para la dirección, apronte y despacho de todas las expediciones que se habilitaron para los *"nuevos"* establecimientos de Patagones y Malvinas. Le conceden, también, en la Colonia, la casa de Manuel Pereira y la quinta que fué del segundo marido de su suegra, Antonio Mendez de Olivera, en lugar de la propiedad que fué destruída, ubicada en la calle del Tren, a espaldas del almacén de la pólvora. Pero había un decreto anterior que asignó la referida casa a Antonio Mundo, por lo cual sólo le fué conferida la posesión de la quinta, que quedaba a la derecha, en camino a la Concepción.

Es apoyado Cipriano, pero le sigue fiel a Ceballos. Salva fragatas en el banco Ortiz, en las piedras del Cerro, en el banco de Santa Lucía, en la piedra de la Ascensión, en Punta de San José, en las Pipas, en la Restinga de San Gabriel. También el banco Inglés, lo vió trabajar a aquel hombre que se preocupará tanto por el gaucho, como anticipado del armador y poeta gauchesco D. Antonio Lussich. *"Después de estar empleado en Rentas, ha salvado a su costa, y gratificando la Marinería, otras muchas embarcaciones, unas varadas, y otras en evidente peligro de perderse, ya descargándolas en pocas horas, y ya alijándolas, y sacándolas del peligro"*. En el mismo 1779 — en que se le nombra teniente comandante— ¡con seiscientos pesos anuales!, según ratificación posterior— los vecinos de Colonia dan constancia de su honradez en la conducción de sus respectivos intereses. Parece que la decisión de Carlos III, ratificando el nombramiento aludido, le trajo resentimientos y envidias. Pero, en respuesta, trabaja. Y redacta un curioso reglamento nocturno, con sanciones a sangre y fuego, para evitar el contrabando, especialmente en las zonas de la Aguada y en la playa del Buceo, donde pernoctaban sujetos disfrazados de pescadores, pero con pesca muy sospechosa. Pasan los meses. Vértiz lo comisiona para que trace un plan defensivo de Montevideo, en atención a posibles luchas con los ingleses. Crea toda una táctica. Armó una lancha cañonera con un cañón de veinticuatro en la proa, *"invención no conocida aquí hasta entonces"*. Orgulloso habla de su descubrimiento en estos mares. En la inspección de costas, *"le cargó un furioso temporal de Pampero"*, anteriormente mentado, tuvo su barco siete minutos debajo del agua, según su imaginación, se le ahogó un hombre, nadando salvó a otro y, luego de penurias sin cuento, fué a fondear a Castillos. Suficientes certificados acreditan lo fundamental de estos sus dichos.

En el 80, Cipriano y el intendente Fernández desconfían de Ortega y Monroy, que será separado posteriormente de su cargo aduanero. Y continúan las pleamares y bajamares de la desconfianza. Ya por el 81, a Cipriano no le convencen de que una fragata francesa sea de guerra. Insiste en sus dudas, y al final el capitán canta la verdad. Sólo había querido evitar inspecciones, en tiempos en que podían pasarse géneros de algodón, *"pintados de China"* y muselinas. Sus jefes le piden al hombre que haga compras en los barcos para los almacenes navales, *"sin que trascienda que hay necesidad"*. Y de ello, dice, resultaron *"repetidas murmuraciones contra mi conducta"*. Ignacio Fernández trata de calmarlo. Le pide que se deje de cavilar sobre sus enemigos. Hay algo de manía persecutoria en aquel hijo de Lisboa. El mar lo preocupa. Los hombres lo intranquilizan. La tierra, también. Prueba de ello, es la aprehensión del famoso contrabandista Diego Vaca. Es uno de los episodios más dramáticos en la vida de de Melo. Vaca. *"Dn. Diego Baca"* —como dice Cipriano— se había amurallado en su rancho. Lo cercaron treinta hombres de tropa y dependientes. Vaca no se entregaba. Hay en él todo un anticipo de Carlos Grande. D. Cipriano hizo adelantarse al sargento José Martínes con tres soldados y dos dependientes para forzar al contrabandista. Vaca estaba con el trabuco en la mano. Sus secuaces *"hicieron fuga"*. Por fin, Diego se enfrentó a Cipriano. Y, a tres pasos de distancia, hizo fuego. Mas el trabuco erró por tres veces consecutivas. Cipriano se ve obligado a replicar con su pistola. Pero también yerra. Es cuestión de vida o muerte. El lusitano se arroja entonces sobre el contrabandista, se abraza a él, luchan por un instante, hasta que el representante de la ley, más fuerte, logra salir victorioso y hasta apoderarse de una daga que su rival tenía en la cintura. El vencedor da voces. Acuden en su defensa los que cercaban el rancho. Y, entre todos, consiguen la prisión de Vaca y de sus compañeros. Pero faltaba algo aún. Y Cipriano, a la vista del corro, consigue descargar el famoso trabuco, saturado con nueve cuartos de pólvora y bala rasa, y aun cebado. Así defendió nuestro hombre la empresa y evitó el ultraje de sus empleados. Poco después, Diego Vaca dormía en un calabozo de Buenos Aires.

J. C. SABAT PEBET.

(Especial para EL DIA).



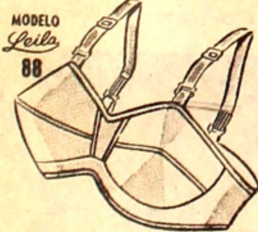
Entrada de la corbeta "Victoria", en Buenos Aires. 6 de abril de 1852. (Del "Prontuario de Pasajes", de Besnes e Irigoyen. Biblioteca Nacional).



Entrada de la corbeta española de guerra "Villa de Bilbao". 27 de octubre de 1857. (Acuarela de Besnes).







TARZAN

Por Edgar Rice Burroughs











